



CAPITULO XIV

Ataque é incendio del poblado de San Jerónimo.—Máximo Gomez intima la rendición del fuerte.—Patriótica respuesta del teniente jefe del destacamento.—El Alcalde señor Samper.—Abandono de la población por sus habitantes.—Nueva intimación del *generalísimo*.—Negativa del teniente.—Ataque é incendio del fuerte.—Capitulación honrosa de sus heroicos defensores.—El teniente don Gauderio Laborda.



Se refugiaron en San Jerónimo los dispersos guerrilleros del destacamento que mandaba el capitán señor Agüero, sorprendidos en la sabanita llamada de la «Entrada», á dos leguas y media de aquel poblado, por la avanzada del *generalísimo*, y derrotados por la fuerza numérica del enemigo, llevaron la noticia de la proximidad de los insurrectos, los cuales con numerosas fuerzas al mando de Máximo Gomez se dirigían hácia la población con ánimo, seguramente, de atacarla.

Y, en efecto, entre cinco y seis de la tarde del día 28 de Junio se presentaron á la vista de San Jerónimo las anunciadas fuerzas rebeldes.

El teniente-comandante del puesto se encontraba á la sazón, con la mayor parte de la fuerza que tenía á sus órdenes, dirigiendo la terminación de un pequeño fortín, que los soldados rodeaban de una empalizada para aislarlo y ponerlo fuera de todo peligro de incendio.

A unos mil ochocientos hombres ascendían las fuerzas insurrectas que se presentaron á la vista del poblado, haciendo alto y rodeando el pueblo.

En éste, á consecuencia de la noticia de la proximidad del enemigo, se habían tomado ya toda clase de precauciones y medidas en previsión de un ataque.

Serían las cinco y media de la tarde, cuando se presentó frente al



POBLADO DE SAN DIEGO DEL VALLE

fuerte un paisano, vecino de la jurisdicción, llamado Inocencio Mais-tela, vizcaíno y que se dedicaba al oficio de pocero.

—¿El jefe del destacamento?—preguntó.

—Servidor de usted—respondióle el teniente don Gauderio Labor-da, que así se llamaba el jefe encargado de la fuerza que guarnecía el fuerte.

—Esta carta me ha entregado y obligádome á traer Máximo Go-mez para usted.

—A ver, démela.

El mensajero alargó al oficial un papel doblado en forma de es-
quela, que aquel se apresuró á abrir, leyendo las siguientes líneas, es-
critas con lapiz.

«Señor oficial-jefe del destacamento de San Jerónimo.

Ríndase con su gente ó correrá la suerte de morir por las balas ó
por las llamas.—*M. Gomez.*»

Enterado el teniente del contenido de la esquila, pronunció un
juramento, y estrujando nerviosamente entre sus dedos el papel, res-
pondió:

—Diga usted á quien le ha entregado este papel, que cuando
quiera puede venir á cumplir sus amenazas, pues un soldado español no
se rinde nunca.

Y, volviendo la espalda al emisario del *generalísimo* y dirigiéndose
se á sus soldados, exclamó:

—¡Soldados, á prepararse para recibir á los enemigos de España
como corresponde á los que la patria les ha confiado la defensa de su
honor y de su bandera!... ¡A las armas y viva España!

—¡Viva!—contestaron con entusiasmo los soldados, precipitándose
sobre sus armas.

* * *

El *generalísimo* de los filibusteros envió también un aviso al al-
calde de San Jerónimo previniéndole que se retirase con las familias
pacíficas, porque se procedería al incendio del poblado si no se rendía
la fuerza en él destacada.

El alcalde se presentó al teniente, ofreciéndose y dándole cuenta

del aviso y de sus propósitos de llevar á su familia á lugar seguro y regresar asegurada á ponerse á sus órdenes.

Hecha pública por la autoridad municipal la intimación del *generalísimo*, fueron muchas las familias que abandonaron la población, refugiándose en su mayoría en la finca «El Guamajal» distante unos tres cuartos de legua de San Jerónimo.

El señor Samper salió á pié acompañando á su familia á la cercana finca llamada «La Seiba».

Durante el camino cayó un fuerte aguacero ó lluvia torrencial que duró más de diez horas y hizo crecer los arroyos *Sabanilla* y *Cayo largo*, impidiendo al alcalde regresar al pueblo hasta el amanecer del día siguiente.

¡Triste y doloroso cuadro el que ofrecían aquellos grupos de ancianos, mujeres y niños, caminando bajo la torrencial lluvia y abandonando su único albergue al salvajismo de las hordas filibusteras, para que le pegasen fuego y lo convirtieran en pavesas, en holocausto de la *libertad é independencia* de Cuba!

Las avanzadas insurrectas dejaron pasar libremente á las mujeres y niños, pero no así á los hombres á quienes detuvieron para llevarlos á presencia del *general*.

El alcalde logró rehuir el encuentro del enemigo y regresar al pueblo, presentándose al teniente jefe del destacamento, en unión de sus sobrinos, pidiéndole armas para defender la integridad de la patria, que aquel no pudo entregarles por carecer de ellas.

Durante la noche, el teniente había recibido otros dos avisos del *generalísimo* para que se entregara, á los cuales contestó el bravo militar, que como oficial del ejército español, no podía ni debía rendirse, y que estaba allí para defender su puesto como correspondía á un hombre de honor.»

* * *

Al alborar el día, el teniente dijo al alcalde:

—Ha llegado la hora; vea usted cómo avanza el enemigo desplegando su gente para el ataque: yo defiendo mi puesto y el honor de mi bandera hasta el último extremo. Aun tiene usted tiempo de retirarse con los suyos.

—Pero, ¿es cierto que no disponéis de arma alguna para mí y mis sobrinos?—replicóle el señor Samper.

—Muy cierto, señor Alcalde.

—En ese caso, véome obligado á ponerme en salvo.

—Hagan lo que quieran.

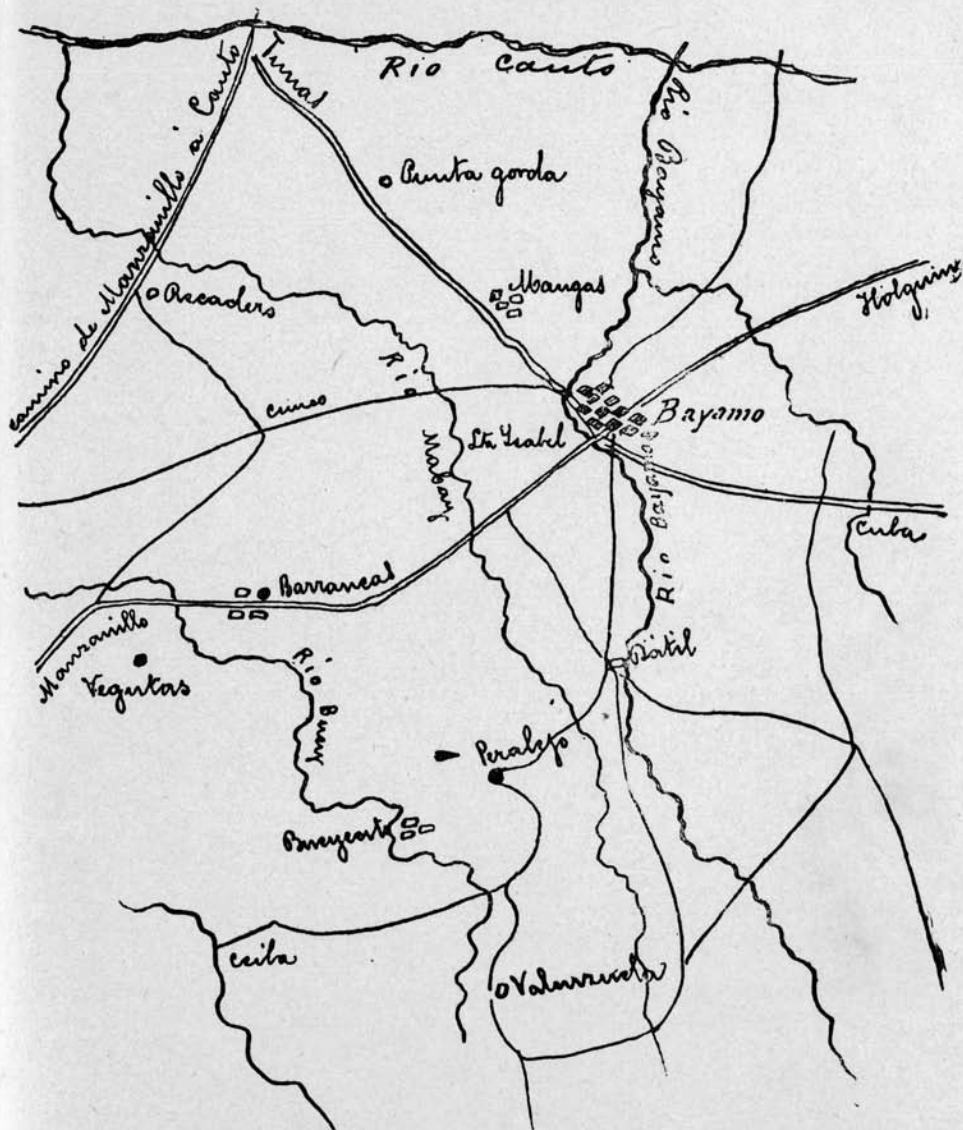
El alcalde al retirarse del fuerte, con sus sobrinos, dejó su bien surtido establecimiento á disposición del teniente.



DON ANTONIO CARO VILLACON

Al abandonar el pueblo con varios vecinos y encontrarse ya algo lejos de su recinto, un grupo de caballería enemiga, compuesto de hombres de color, capitaneados por un negrazo alto y robusto, salióles al encuentro y cerróles el paso, y después de hacerles varias preguntas, les obligaron á seguirles para ser presentados á sus jefes.

Conducidos entre filas de insurrectos y atravesando por entre los que estaban ya formados y constituían un círculo que rodeaba por com-



PLANO DEL LUGAR DONDE SE LIBRÓ EL HERÓICO COMBATE DE PERALEJO

pleto la población, llegaron donde se encontraba el *generalísimo* con su escolta.

Máximo Gómez vestía pantalón oscuro, camisa de rayadillo y sombrero negro de castor con escarapela encarnada.

El general dominicano les hizo varias preguntas respecto á la situación y disposiciones de las tropas que guarnecían el poblado, diciéndo que él respetaría á los vecinos pacíficos, pero que si el destacamento se resistía á entregarse estaba dispuesto á tomarlo por la fuerza, entrando á sangre y fuego.

Mandó enseguida á varios de los paisanos que tenía detenidos, que pegaran fuego á las primeras casas de la población, y dirigiéndose al alcalde, señor Samper, le dijo:

—Ahora mismo va usted á decir, de mi parte, al jefe del destacamento, que tengo rodeado el pueblo con mil hombres de caballería, y que se rinda si quiere evitar el derramamiento de sangre y las fatales consecuencias de su temeridad.

El señor Samper volvió al pueblo á transmitir la orden del *generalísimo* al jefe del destacamento.

Este, tenaz como buen aragonés, en sus propósitos de no rendirse, contestó á la nueva intimación del jefe rebelde, que en ninguna forma se entregaba, y que como buen español y digno oficial de la Nación, defendería su puesto hasta agotar todos los medios de que disponía.

* * *

Regresó el alcalde al campamento enemigo á llevar la digna respuesta del bizarro y pundonoroso militar á Máximo Gómez, el cual al oirla, dijo:

—¿Tan valiente es ese oficial? Está bien, y puede usted retirarse,

señor alcalde; pero conste, que la culpa de lo que ocurra la tiene ese bravucón y temerario militar.

Iba ya á retirarse el señor Samper, obedeciendo la órden del *generalísimo*, cuando éste le detuvo, diciéndole:

—Vuelva al fuerte, y dígame á ese español, que si no se rinde voy á pegar fuego al pueblo.

La respuesta del bravo oficial, fué la siguiente:

—«Que lo queme; pero que no me rindo.»

Oída tan suprema resolución, de labios del señor Samper, gritó con mal reprimido acento de cólera á uno de sus ayudantes.

—Que desmonten ochenta hombres de los armados con Maüsser, y que hagan fuego al fuerte, avanzando sobre la población.

Y volviéndose hacia los paisanos, añadió:

—Ustedes, sobre los que no han de disparar, adelantarse hasta las afueras del pueblo y pegar fuego á los *ranchos*, á ver si así se rinden.

Algunos paisanos, custodiados por un grupo de insurrectos de caballería, se dirigieron á las *sitieras* del poblado, y pegaron fuego á algunos *bohios* aislados y un poco separados de las primeras casas de la población.

Atento el *generalísimo* á los efectos de las dos operaciones, exclamó al poco rato:

—Nada: está visto que á pesar del fuego y del incendio no se rinden. ¡Buen oficial!

Y dirigiéndose á otro de sus ayudantes, le dijo:

—A esa gente, que penetre en el centro del poblado y lo queme todo.

La órden fué al momento transmitida y obedecida.

Al observar el jefe de las fuerzas españolas que defendían el fuerte, que algunos insurrectos iban ocultándose en las casas y pegándoles fuego por la parte trasera, ordenó hacer contra ellos varias descar-

gas, que fueron contestadas con fuego graneado por los rebeldes.

Es de advertir que estos se situaron formando círculo al rededor del fuerte, y á una distancia que no les alcanzaban las balas de nuestros soldados.

* * *

Mientras que el incendio iba tomando horribles proporciones y formando una herradura de fuego, cuyas llamas tendían á unirse, los heroicos defensores del fuerte no cesaban de hacer descargas cerradas sobre sus enemigos.

Pero, llegó un momento en que las llamas con su progresivo é inatajable avance, comenzaron á lamer el techo de guano del fuerte, cayendo sobre sus defensores pencas y vigas ardiendo.

Era, por tanto, necesario tomar una resolución á fin de no morir abrasados ó asfixiados.

Los insurrectos gritaban, disparando sin cesar sus armas:

—¡Rendirse!

El oficial resistíase aún á entregarse; pero el negro y espeso humo que por segundos invadía el interior del fuerte cegaba ya y asfixiaba á la tropa, y las llamas habían hecho ya presa en toda la techumbre del fuerte.

Comprendiendo, entonces, el bizarro teniente que ya no era posible hacer resistencia contra el círculo de fuego que veía á su alrededor, y que amenazaba la vida de sus soldados, cogió una sábana, atóla á la punta de una bayoneta armada en un fusil, y levantando este por lo alto del derruido techo del fortín, pidió parlamento.

Una corneta insurrecta hizo oír enseguida el toque de alto el fuego, y al momento vióse precipitarse fuera del fuerte y aparecer en la

esplanada, rodeados por un círculo de llamas, al teniente y fuerzas á sus órdenes.

Un minuto más, y todos mueren abrasados por las llamas ó asfixiados por la negra y espesa humareda del devastador incendio.

Máximo Gómez y el marqués de Santa Lucía al frente de las fuerzas insurrectas, se presentaron en la esplanada á concertar con el teniente señor Laborda las condiciones de la capitulación. Fueron estas, la entrega de las armas y municiones y la libertad para todos los del destacamento.

Los jefes rebeldes abrazaron al teniente Laborda, diciéndole Gómez:

—Es V. un valiente y á los oficiales valientes como V., y que saben cumplir su deber como V. lo ha cumplido, no se les desarma.

El teniente le replicó que «podía mandar matarle ya que no había sabido morir en defensa de su patria y de su honor.»

* * *

Aquellos bravos oficiales y valientes soldados, con lágrimas de ira en los ojos y la altanería de nuestra raza en el semblante, entregaron su armamento á un enemigo veinte veces mayor en número, obligados á rendirse no por falta de valor y heroísmo para sacrificar sus vidas en aras de la patria, si no por la imposibilidad de defenderse del violento incendio que redujo á escombros el débil baluarte encomendado á su defensa, y para evitar sufriera igual suerte el poblado que les albergaba, y salvar á los heridos y enfermos que custodiaban.

¡Escena digna de ser trasladada al lienzo y reproducida por el pincel de un Goya ó un Velázquez, la que ofreció la esplanada del fuerte de San Jerónimo en el momento de la rendición! Una inmensa columna de humo negro y espeso, por un lado, blanco y transparente, por

otro, iluminando á intervalos breves y desiguales con la rojiza llama de los escombros, todas las tristezas y el coraje de un grupo de valientes obligados á rendir sus armas y abandonar el puesto, cuya defensa les confiara la Madre patria, cediendo al más espantoso y voraz de los elementos, el fuego, y al más sagrado é irreprimible de los sentimientos, el de humanidad hacia sus semejantes.

A las doce de la mañana se retiraron los rebeldes, después de desbalijar la mayoría de las tiendas del poblado, en dirección á Vertientes que dista unas seis leguas de San Jerónimo.

El teniente señor Laborda y sus soldados, ocuparon una carreta del alcalde señor Samper, y tras ellos abandonaron también el pueblo, cuyas afueras y contornos del sitio que ocupaba el fuerte quedaron reducidos á escombros.

El bravo teniente D. Gauderio Laborda, es un joven y distinguido oficial de 34 años de edad, natural de un pueblo de Aragón. Pertenecía á la cuarta compañía del segundo batallón de infantería de Tarragona, y se hallaba destacado en San Jerónimo, desde hacía dos meses, con 56 hombres á sus órdenes.

En el momento del ataque tenía siete enfermos, y contaba con los guerrilleros dispersos que en demanda de refugio y auxilio para los heridos se habían presentado la tarde anterior, y que formaban un total de *setenta y cinco* hombres.

El *fuerte* era de madera y guano, y los soldados estaban armados con fusiles Maüsser, y disponían de 150 cápsulas cada uno, que agotaron durante la tenaz y vigorosa defensa.

La conducta del bravo teniente señor Laborda y de los valientes soldados á sus órdenes, resistiendo hasta agotar el último medio de defensa el ataque de un enemigo veinte veces superior en número, fué muy elogiada por todos, mereciendo por ella bien de la patria y la honrosa consideración reservada sólo á los valientes.